

aceptar la mitra ha pasado á ser proverbio. Pero no habia afectacion en ella, y los amigos de Gasca, cediendo á sus argumentos, no volvieron á instarle sobre el asunto.

El nuevo presidente hizo sus preparativos de marcha. Estos fueron pocos y sencillos: debia acompañarle una comitiva poco numerosa, entre cuyos individuos el mas notable era Alonso de Alvarado, el valiente capitán que, como el lector recordará, habia servido tanto tiempo á las órdenes de Francisco Pizarro. En los últimos años Alvarado habia fijado su residencia en la corte, y ahora, á instancias de Gasca, le acompañaba al Perú, donde su presencia podia facilitar las negociaciones con los insurgentes, al paso que su pericia militar podia ser muy útil si se necesitaba apelar á las armas (1). Despues de la indispensable detencion para aprestar la pequeña escuadra, el 26 de mayo de 1546 el presidente y su comitiva se embarcaron en San Lúcar para el Nuevo Mundo.

Despues de un viaje próspero, y no muy largo para aquellos tiempos, desembarcaron á mediados de julio en el puerto de Santa Marta, donde recibieron las sorprendentes noticias de la batalla de Añaquito, de la derrota y muerte del virey, y del establecimiento en el país del poder absoluto de Gonzalo Pizarro. Aunque estos sucesos habian ocurrido muchos meses antes de la salida de Gasca de España, eran tan imperfectas las comunicaciones que aun no se tenia noticia de ellos en la corte.

El ánimo del presidente se llenó de desconsuelo al reflexionar que los insurgentes, despues de un acto tan atroz como la muerte del virey, desesperados de encontrar perdon en el gobierno, no retrocederian ante ninguna de las consecuencias de su crimen. Cuidó, por tanto, de divulgar que la fecha de su nombramiento era posterior á la de la fatal batalla, y que estaba facultado para conceder amnistía completa de todos los delitos hasta entonces cometidos contra el gobierno (2).

Sin embargo, bajo cierto punto de vista podia considerarse la muerte de Blasco Nuñez como una circunstancia favorable para el arreglo del país. Si hubiera vivido hasta la llegada de Gasca, este habria encontrado un gran obstáculo para su mision en la necesidad de obrar de concierto con una persona tan generalmente aborrecida en la colonia ó se habria visto en la dura precision de enviarle á España. Además, segun todas las probabilidades, seria ahora mas fácil traer á los insurgentes á la razon, ya que esta animosidad personal debia naturalmente concluir en el sepulcro de su enemigo.

Gasca estaba perplejo para decidir por qué punto intentaría entrar en el Perú. Todos los puertos estaban en poder de Pizarro y al cuidado de sus capitanes, los cuales tenian severas instrucciones para interceptar todas las comunicaciones con España y detener á los comisionados de la corte hasta saber la resolucion de su gefe respecto á ellos. Decidióse al fin á pasar á Nombre de Dios, punto custodiado por una fuerte guarnicion á las órdenes de Hernan Mejía, oficial á quien, como persona en cuya adhesion podia confiar enteramente, habia encomendado Gonzalo la guarda de esta importante puerta de sus dominios.

Si Gasca se hubiera presentado delante de aquel punto en actitud amenazadora, con aparato militar ó desplegando alguna ostentacion oficial que hubiese despertado las sospechas de Hernan, seguramente no le hubiera sido fácil efectuar su desembarco. Pero Mejía no vió ningun motivo de recelo en la llegada de

provision que auia aceptado.» Fernandez, *ist. del Perú*, parte I, lib. II, cap. XVIII.

(1) De este Alvarado, desciende la noble familia de los condes de Villamor en España. MS. de Caravantes.

(2) Fernandez, *Historia del Perú*, parte I, lib. II, capítulo XXI.

un pobre eclesiástico, sin fuerza armada, casi sin gente que le auxiliara, y que al parecer solo iba para desempeñar una mision de indulto. Así, no bien tuvo noticia del carácter del enviado y de su mision, se preparó para recibirlo con todos los honores debidos á su clase, y salió á la cabeza de sus soldados, seguido de muchos eclesiásticos residentes en aquella poblacion. Nada habia en la persona de Gasca, y mucho menos en su humilde traje clerical y en su modesto séquito, que pudiese inspirar al vulgo sentimientos de temor ó reverencia. En efecto, su apariencia pobre y la de su corta comitiva, tan diferentes de la acostumbrada pompa con que se presentaban los vireyes en las Indias, escitaron algun desprecio entre la ruda soldadesca que no tuvo escrúpulo en proferir ciertos chistes desvergonzados de modo que los oyerá el mismo presidente (3). «Si este es el gobernador que S. M. nos envia, exclamaron algunos, poco cuidado debe dar á Pizarro.»

Mas el presidente, lejos de exasperarse al oír tales desvergüenzas ni de mostrar resentimiento á sus autores, las sufrió con la mayor humildad, y solamente se mostró mas agradecido á los eclesiásticos sus hermanos que con sus respetuosos ademanes parecian desear tributarle toda clase de homenajes.

Pero aunque las maneras de Gasca pareciesen vulgares y humildes, Mejía en su primera entrevista con él descubrió al momento que no trataba con ninguna persona vulgar. El presidente, despues de haber explicado con brevedad la naturaleza de su comision, le dijo que habia venido como mensajero de paz y que por medio de medidas pacificas era como pensaba desempeñar con buen éxito su encargo. Despues habló en general de las facultades de que estaba revestido, dijo que tenia autoridad para perdonar á todos sin escepcion y manifestó su propósito de proclamar la revocacion de las ordenanzas. Añadió que de este modo el objeto de la revolucion estaba cumplido: que resistir por mas tiempo al gobierno seria declararse en abierta rebelion sin motivo alguno, y concluyó exhortando á Mejía en nombre de su lealtad y patriotismo á que le ayudase á sosegar las turbulencias del país y á traerle de nuevo á la obediencia á la corona.

El cándido y conciliador lenguaje del presidente, tan diverso del tono arrogante de Blasco Nuñez y del austero porte de Vaca de Castro, hizo manifiesta impresion en Mejía, el cual reconoció la fuerza de sus razonamientos y se lisonjeó de que Gonzalo Pizarro la reconoceria tambien. Aunque adicto á este gefe, era leal de corazon, y como la mayor parte de los de su bando, habia sido arrastrado á la rebelion mas bien por la fuerza de las circunstancias que por la de su voluntad. No le disgustaba, pues, volver á su fidelidad primera, ya que tan buena ocasion se le ofrecia para hacerlo con seguridad y para granjearse el favor del rey, y así lo manifestó al presidente prometiéndole su eficaz cooperacion en la buena obra de la reforma (4).

Fue este un socorro importante para Gasca; pero era aun de mas importancia asegurar la obediencia de Hinojosa, gobernador del Panamá, en cuyo puerto estaba la escuadra de Pizarro, compuesta de veinte y dos buques. No era fácil, sin embargo, entablar relaciones con este oficial. Era persona de carácter mucho mas elevado que el que comunmente tenian los turbulentos aventureros del Nuevo Mundo; era

(3) «Especialmente muchos de los soldados, que estaban desacatados, y decian palabras feas y desvergonzadas. A lo cual el presidente (viendo que era necesario) hacia las orejas sordas.» Fernandez, *Hist. del Perú*, parte I, lib. II, cap. XXIII.

(4) Fernandez, *Hist. del Perú*.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia.—Montesinos, *Annales*, MS., año de 1546.—Zárate, *Conq. del Perú*, lib. VI, cap. VI.—Herrera, *Historia general*, dec. VIII, lib. II, cap. V.

ademas adicto á los intereses de Pizarro, y este le habia dado una gran muestra de confianza encargándole el mando de su armada y de Panamá, llave de sus territorios sobre el Pacifico.

El presidente envió primero á Mejía y á Alonso de Alvarado para que le preparasen el camino, instruyendo á Hinojosa del objeto de su mision. El les siguió poco despues, y fue recibido por aquel gefe con las mayores muestras de respeto. Pero aunque oyó con deferencia las amonestaciones de Gasca, no pudieron estas producir en su ánimo el efecto que habian producido en el de Mejía; y concluyó rogando al presidente le mostrase sus poderes, y preguntándole si se estendian á confirmar á Pizarro en un puesto á que estaba llamado, no solo por sus servicios sino por el voto popular.

Cuestion dificultosa era esta. Semejante concesion habria sido demasiado humillante para la corona; pero confesaria así abiertamente en aquellas circunstancias y á un capitán tan adicto á Pizarro, habria sido frustrar toda tentativa de ulteriores negociaciones. El presidente eludió pues la pregunta diciendo simplemente que no habia llegado aun el caso de presentar sus poderes; pero que Hinojosa podia estar seguro de que le autorizaban para conceder amplias recompensas á todos los servidores leales de su país (1).

No quedó satisfecho Hinojosa con esta respuesta, é inmediatamente escribió á Pizarro, anunciándole la llegada de Gasca y el objeto de su mision, y declarándole al mismo tiempo que estaba convencido de que el presidente no llevaba autoridad para confirmarle en el gobierno. Pero antes de la salida del buque que debia llevar esta carta, se ganó Gasca los servicios de un fraile dominico que pasaba en él á una de las ciudades de la costa, al cual proveyó de manifiestos y alocuciones anunciando el objeto de su llegada á aquel país, la abolicion de las ordenanzas y la amplia amnistía que estaba autorizado para conceder á todos los que volviesen á la obediencia á la corona. Escribió tambien por este conducto á los prelados y corporaciones de las diferentes ciudades, exhortando á los primeros á que le ayudasen á introducir el espíritu de lealtad y subordinacion entre el pueblo, y anunciando á las segundas su propósito de consultarlas sobre la adopcion de varias medidas eficaces para el bienestar del país. Estos papeles se comprometió el dominico á repartir por sí mismo en las principales ciudades de la colonia; y cumplió fielmente su promesa, aunque no sin riesgo de su vida. Muchas de las semillas así esparcidas podian caer en terreno estéril, pero Gasca esperaba que la mayor parte echaria raíces en el corazon del pueblo y esperó con paciencia á que diesen su fruto.

Entre tanto, aunque no habia conseguido desvanecer los escrúpulos de Hinojosa, sus corteses maneras y sus discursos persuasivos é insinuantes produjeron visible efecto en otros individuos con quienes tenia diarias relaciones. Muchos, y entre ellos algunos de los principales caballeros de Panamá y de la escuadra, manifestaron espresamente su deseo de unirse á la causa real y auxiliar al presidente para sostenerla. Gasca se aprovechó de su cooperacion para abrir comunicaciones con las autoridades de Guatemala y Méjico, á quienes participó el objeto de su comision, intimándoles que cortasen todas sus relaciones con los insurgentes de la costa del Perú. Logró tambien del gobernador de Panamá que le proporcionase medio de entrar en comunicacion con el mismo Gonzalo Pizarro, y despachó un buque á Lima con una carta del emperador y otra suya para aquel gefe.

(1) Fernandez, *Hist. del Perú*, parte II, lib. I, capítulo XXXV.—Zárate, *Conq. del Perú*, lib. VI, cap. VII.—MS. de Caravantes.

La carta del emperador estaba concebida en los términos mas benévolos y conciliadores. Lejos de echarle en cara su rebelion, aparentaba considerar su conducta como efecto de las circunstancias en que se habia visto, y especialmente de la obstinacion del virey Blasco Nuñez en negar á los colonos el imprescriptible derecho de peticion. Nada decia por donde pudiera colegirse si su intencion era confirmar á Pizarro en el mando ó separarle de él, y solamente le anunciaba que Gasca le declararia su real voluntad y que debia cooperar con este eclesiástico al restablecimiento de la tranquilidad del país.

La carta de Gasca estaba vaciada en el mismo molde político. Haciale presente, sin embargo, que habian cesado las circunstancias que hasta entonces habian dirigido su conducta; que nada quedaba ya que reclamar y que solo faltaba que él y los suyos, apresurándose á volver á la obediencia del rey, mostrasen su lealtad y la sinceridad de sus intenciones. Deciale ademas que hasta entonces habia estado en hostilidad contra el virey, y el pueblo le habia apoyado por ser contra un enemigo comun; que si prolongaba la lucha, su enemigo seria ya el soberano, y el pueblo seguramente no le apoyaria; por lo cual le exhortaba, en nombre de su honor de caballero y de su deber de leal vasallo, á respetar la autoridad real y á no provocar una guerra, que probaria al mundo que su conducta anterior habia sido dictada, mas bien por ambicion personal, que por motivos patrióticos.

A esta carta, de grande estension y concebida en términos corteses y lisonjeros para la persona á quien iba dirigida, acompañaba otra mucho mas concisa para Cepeda, el intrigante abogado que, como Gasca no ignoraba, tenia el mayor influjo sobre Pizarro en ausencia de Carbajal, que entonces se ocupaba en recoger los ricos productos de las minas nuevamente descubiertas del Potosí (2). En esta epístola aparentaba Gasca cierta deferencia al artero político como individuo de la real audiencia y le consultaba sobre el mejor medio de llenar las vacantes de aquel cuerpo.

Entregáronse estas comunicaciones á un caballero llamado Paniagua, fiel partidario del presidente y uno de los que le habian acompañado desde Castilla, el cual llevó tambien manifiestos y cartas como los que se habian confiado al dominico con orden de distribuirlos secretamente en Lima antes de que saliese de aquella capital (3).

Pasaron semanas y meses y el presidente permanecia aun en Panamá, donde, cortadas cuidadosamente como estaban sus comunicaciones con el Perú, podia decirse que se hallaba detenido como una especie de prisionero de Estado. Entre tanto, así él como Hinojosa, aguardaban con ansia la llegada de algun enviado de Pizarro, que les indicase el modo con que habia recibido este gefe la noticia de la mision del presidente. El gobernador de Panamá no desconocia la peligrosa posicion en que se hallaba colocado, ni lo absurdo que seria provocar una lucha con la corte de Castilla. Pero tenia cierta repugnancia (no muy comun entre los caballeros del Perú) á abandonar á

(2) «El licenciado Cepeda que tengo yo ahora por teniente, de quien yo hago mucho caso le quiero mucho.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(3) Pueden verse las cartas de que habla el texto en Zárate, *Conq. del Perú*, lib. VI, cap. VII, y en Fernandez, *Hist. del Perú*, parte I, lib. II, cap. XXIX—XXX. La del presidente tiene muchas páginas, ocupando gran parte de ella varias citas y ejemplos históricos para demostrar lo absurdo y criminal de una rebelion contra la autoridad regia. La siguiente sentencia con que concluye da una idea exacta del tono benigno de esta homilia. «Nuestro Señor por su infinita bondad alumbré á vuestra merced, y á todos los demas para que actierden á hazer en este negocio lo que conuiene á sus almas, honras, vidas y haciendas: y guarde en su santo servicio la ilustre persona de vuestra merced.»

su jefe que tanto se fiaba de él. Esperaba, sin embargo, que Pizarro aprovecharía la ocasión que se le ofrecía de ponerse y poner al país en un estado de seguridad permanente.

Varios caballeros de los que habían prestado su adhesión a Gasca, irritados con lo que llamaban obstinación de Hinojosa, propusieron al presidente apoderarse de su persona y tomar posesión de la armada; pero Gasca desechó desde luego la oferta diciendo que su misión era de paz, y que no quería deshonrarla con ningún acto de violencia. Respetó también los escrúpulos de Hinojosa, sabiendo que hombre de tal pundonor, una vez atraído por nobles medios, sería mucho más fiel á sus intereses que vencido por fuerza ó por engaño. Pensó que podía aguardar con confianza la ocasión oportuna. Esto era político y al mismo tiempo honroso; bien es verdad que la política y la honradez siempre van juntas.

Entre tanto solían llegar de tiempo en tiempo personas de Lima y de las ciudades inmediatas que daban noticias de Pizarro, noticias que variaban según el carácter y la situación de los individuos. Unos decían que se ganaba todos los corazones con su genio abierto y la política profusión con que, no obstante su sed de riquezas, distribuía repartimientos y favores entre sus partidarios. Otros aseguraban que gobernaba con arbitrariedad y violencia, y que los vecinos de Lima estaban llenos de terror y desconfianza. Todos convenían, sin embargo, en que su poder se apoyaba sobre bases demasiado sólidas para ser destruidas; y opinaban que si el presidente iba á Lima ó tendría que consentir en ser instrumento de Pizarro, confirmándole en el gobierno, ó espondría á grave riesgo su vida (1).

Es evidente que Gonzalo, aunque según dicen sus amigos no descuidase los negocios públicos, tenía tiempo para entregarse libremente al goce de aquellos placeres que rodean á un soldado de fortuna en la hora de su triunfo. Era objeto de adulaciones y homenajes: hasta los mismos que le odiaban le hacían la corte, pues los que no le amaban tenían bastantes motivos para temerle y se conmemoraban sus hazañas en romances y coplas en que se le comparaba (lo cual no estaba lejos de ser cierto) con los más esforzados paladines de la caballería (2).

Entre tanta adulación, la copa del placer destinada á los labios de Pizarro tenía una gota de amargura, que daba su sabor ó todo lo demás; porque á pesar de la confianza que aparentaba en público, esperaba con viva ansiedad la llegada de noticias que le instruyesen del aspecto bajo el cual se consideraba su conducta por el gobierno de España, como lo probaban sus esquisitas precauciones para guardar las costas y detener á los emisarios de la corte. Supo, pues, con no leve disgusto por la carta de Hinojosa, el desembarco del presidente Gasca y el objeto de su misión, si bien su descontento se mitigó cuando le informaron de que el nuevo enviado llegaba sin aparato militar, sin pompa alguna oficial que pudiese imponer al vulgo, y soamente, por decirlo así, con el hábito humilde de un misionero (3). Pizarro no podía adivinar que bajo este exterior modesto se ocultaba un poder moral, más fuerte que sus batallones forrados de acero, y que obrando silenciosamente en la opinión pública, tanto más seguro cuanto más se-

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capítulo XXVII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. II, capítulo VI.—MS. de Caravantes.

(2) «Y con esto, estatua siempre en fiestas y regocijo, holgando mucho que le diesen músicas, cantando romances y coplas de todo lo que avia hecho: encareciendo sus hazañas y victorias. En lo qual mucho se deleytava como hombre de grueso entendimiento.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXXII.

(3) Gonzalo en su carta á Valdivia habla de Gasca como de

creto, iba minando su fuerza como un canal subterráneo socava los cimientos de un magnífico edificio, que se levanta orgulloso con el terreno que ocupa y con la duración que promete.

Pero aunque Gonzalo Pizarro no pudiese prever este resultado, vió lo bastante para conocer que lo más seguro sería espulsar al presidente del Perú. La noticia de su llegada apresuró además la ejecución de su primitivo intento de enviar un mensaje á España para justificar su conducta y solicitar del rey la confirmación de su autoridad. Eligió para esta misión á Lorenzo de Aldana, caballero discreto y valiente que poseía su confianza por ser uno de sus más celosos partidarios. Este había desempeñado varios destinos importantes á las órdenes de Gonzalo, el cual debía en parte sus triunfos á la sagacidad con que sabía escoger sus agentes.

Unieronse á Aldana para esta comisión uno ó dos caballeros y el obispo de Lima, como más á propósito por su posición para influir en la corte en favor de Pizarro. Llevaban los comisionados, además de las comunicaciones dirigidas al gobierno, una carta de los habitantes de Lima para Gasca, en la cual después de felicitarle cortesmente por su llegada, le anunciaban su sentimiento de que hubiese llegado demasiado tarde, pues los desórdenes habían cesado con la caída del virrey y el país reposaba tranquilo bajo el gobierno de Pizarro. Decíale además que había salido una embajada para Castilla, no con el objeto de solicitar perdón, porque no habían delinquido (4), sino para pedir al emperador que confirmase á Pizarro en el gobierno, como el que más lo merecía por sus virtudes (5). Por último le manifestaban que su presencia solo serviría para renovar los pasados disturbios; y le daban á entender que sus tentativas para desembarcar en el Perú podrían costarle la vida. El lenguaje de este singular documento era más respetuoso de lo que podía inferirse por su contenido. Tenía la fecha del 14 de octubre de 1546 y estaba firmado por setenta de los principales vecinos de la ciudad. Es probable que le dictase Cepeda, cuya mano se advierte en la mayor parte de las intrigas de la pequeña corte de Pizarro. Dícese también, aunque la autoridad es un tanto cuestionable, que Aldana recibió instrucciones de Pizarro para ofrecer cincuenta mil pesos de oro al presidente porque se volviese á Castilla; y que en caso de negativa se pensaba en adoptar un medio más eficaz y tenebroso para desembarazarse de su presencia (6).

un clérigo de buena reputación que sin recompensa, é inspirado del verdadero espíritu de un misionero, había pasado al Perú para arreglar los negocios del país. «Dicen que mui buen christiano i hombre de buena vida i clérigo, i dicen que viene á estas partes con buena intención i no quiso salario ninguno del rey sino venir para poner paz en estos reynos con sus cristianidades.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(4) «Porque perdon ninguno de nosotros le pide, porque no entendemos que hemos errado, sino servido á su magestad, conservando nuestros derechos, que por sus leyes reales á sus vasallos es permitido.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXXIII.

(5) «Porque él por sus virtudes es muy amado de todos; y tenido por padre del Perú.» Ibi., ubi supra.

(6) Fernandez, Hist. del Perú.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, libro II, cap. X.—Zárate, Conq. del Perú, libro VI, cap. VIII.—Gomara, Historia de las Indias, capítulo CLXXVII.—Montesinos, Annales, MS., año de 1546.

Pizarro en su carta á Valdivia le da cuenta de esta indicación hecha á Gasca, el cual, con toda su reputación de santo, dice que era el hombre más mañoso que había en toda España, y que ahora iba para enviarle á él á Castilla por recompensa de sus leales servicios. «Y agora que yo tenía puesta esta tierra en sosiego embiava su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo que es un santo, es un hombre el más mañoso que havia en toda España á mas sábio, é así venia por presidente é governador é todo cuanto él quiera; é para poderme enviar á mí á España, i al cabo de dos años que an-

Aldana provisto de sus despachos salió inmediatamente para Panamá. Por él supo el gobernador el estado de la opinión en los consejos de Pizarro y oyó con sentimiento al enviado manifestar su convicción de que ni este jefe ni sus partidarios admitirían avenimiento alguno que no le confirmase en el gobierno del Perú (1).

Aldana fue luego admitido á audiencia por el presidente, audiencia que tuvo resultados muy diversos de los que tuvieron las conferencias con Hinojosa, porque el enviado de Pizarro no estaba armado de aquella inflexibilidad que había dado al gobernador de Panamá fuerzas para resistir á todos los argumentos. Supo con sorpresa cuáles eran las facultades de Gasca y que las régias concesiones concedían á todos los insurgentes. Había acometido con Pizarro una empresa desesperada pero cuyo éxito había sido feliz. La colonia en justicia no podía pedir más; y aunque adicto de corazón á su jefe, no se creyó obligado por ningún principio de honor á tomar parte con él y solo por satisfacer su ambición, en una lucha terrible contra la corona, lucha que inevitablemente debería causar su ruina. Abandonó por tanto la misión que se le había encomendado para Castilla y que probablemente no era muy de su gusto, y anunció su propósito de aceptar el perdón ofrecido por el gobierno y cooperar con el presidente al arreglo de los asuntos del Perú. Debe hacerse la justicia de añadir que escribió á Pizarro participándole la resolución que había tomado y exhortándole con vivas instancias á que siguiese su ejemplo.

La influencia de este paso dado por persona tan importante como Aldana, unida seguramente á la convicción de que no podía ya esperarse que Pizarro mudase de parecer, y al temor que empezó á concebir Hinojosa de que la dilación pudiera serle fatal, vencieron al fin sus escrúpulos y le decidieron á poner la escuadra á las órdenes de Gasca. Separó previamente de sus empleos á algunos de los más obstinados partidarios de Pizarro, y el 19 de noviembre de 1546 él y sus capitanes presentaron la dimisión de los suyos en manos del presidente. Después prestaron juramento de fidelidad á Castilla; proclamóse por un heraldo desde un tablado construido en la plaza de la ciudad un completo perdón de todas las faltas pasadas; y luego el presidente, saludándoles como fieles y leales vasallos de la corona les devolvió sus diversos empleos. Desplegóse entonces á bordo de la escuadra la bandera real de España, que anunciaba que Pizarro había perdido para siempre este baluarte de su poder (2).

La devolución de sus cargos á los capitanes insurgentes fue un acto político de Gasca que le aseguraba

dávamos fuera de nuestras casas quería el rey darne este pago, mas yo con todos los cavalleros deste reyno le embiávamos á decir que se vaya, sino que haremos con él como con Blasco Nuñez.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(1) Con la misión de Aldana á Castilla, Pizarro termina la importante carta tantas veces citada en estas páginas, y que como puede suponerse presenta los mejores argumentos que militan en favor de su conducta. Es un hecho curioso que Valdivia, el conquistador de Chile, á quien esta epístola iba dirigida, poco después de haberla recibido abrazase abiertamente la causa de Gasca, y que sus tropas formasen parte de las fuerzas que combatieron contra Pizarro en la batalla de Huarina. ¡Tal era el amigo en quien Gonzalo confiaba!

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VI, cap. IX.—Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulos XXXVIII—XLII.—Gomara, Historia de las Indias, cap. CLXXVIII.—MS. de Caravantes.

Garcilasso de la Vega, cuya parcialidad por Pizarro forma gran contraste con las opiniones desfavorables que forman de su conducta la mayor parte de los demás escritores, al hablar de estos hechos parece poco dispuesto á elogiar la lealtad que se manifiesta sacrificando á un bienhechor. Com. Real, parte II, lib. V, cap. IV.

los servicios de los oficiales más hábiles del país y volvía contra Pizarro los mismos brazos en que principalmente se apoyaba. Así se llevó á cabo esta grande obra, sin violencia ni fraude, solo por la paciencia y previsión de Gasca. Así recogió los frutos de una y otra y ya podía confiar fundadamente en que llegaría á dar feliz cima á su misión.

CAPITULO II.

Gasca reúne sus fuerzas. — Desercion en las filas de los partidarios de Pizarro. — Este refuerza sus tropas. — Agitación en Lima. — Pizarro abandona la ciudad. — Gasca sale de Panamá. — Sangrienta batalla de Huarina.

1547.

No bien se vió Gasca en posesión de Panamá y de la escuadra, trató de adoptar un rumbo de política más decisivo que el que había seguido hasta entonces. Levantó gente y reunió provisiones por todas partes. Cuidó de pagar los salarios atrasados á los soldados y prometió amplias recompensas para el futuro; pues aunque cuidaba de que sus gastos personales fuesen los menos posibles, no escaseaba gasto alguno cuando se trataba del bien público. Hallándose exhausta la tesorería, obtuvo empréstitos sobre el crédito del gobierno y los vecinos ricos de Panamá, fiándose en su buena fé, le adelantaron los fondos necesarios. Después remitió cartas á las autoridades de Goatemala y Méjico pidiendo su auxilio para llevar adelante las hostilidades si necesario fuese, contra los insurgentes, y ordenó del mismo modo á Benalcázar, que mandaba las provincias situadas al norte del Perú, para que al desembarcar en este país se le reuniese con toda la fuerza que pudiera.

El pueblo de Panamá manifestó el mayor entusiasmo, ocupándose en aprestar la escuadra para el viaje; y prelados y jefes no se desdenaron de mostrar su lealtad tomando parte en las maniobras con los soldados y marineros (3). Sin embargo, antes de su partida resolvió Gasca enviar una pequeña escuadra de cuatro buques á las órdenes de Aldana para cruzar por delante de Lima con instrucciones para proteger á los adictos á la causa real y recibirlos en caso necesario á bordo de sus buques. Dióle también copias autorizadas de sus poderes para que las remitiese á Pizarro, á fin de que este conociera que aun era tiempo de volver á la obediencia del rey, antes que se cerrasen para él las puertas de la misericordia (4).

Mientras ocurrían estos acontecimientos las cartas y proclamas de Gasca iban produciendo su efecto en el Perú. Poca sagacidad se necesitaba para conocer que el país en su gran mayoría, aseguradas ya las personas y las propiedades, nada tenía que ganar con la revolución. Por fortuna el interés y el deber militaban en esta ocasión en las mismas filas; y el antiguo sentimiento de lealtad, resfriado por algún tiempo, pero no extinguido, se reanimó en el corazón del pueblo. No se manifestó sin embargo desde luego por ningún acto explícito, pues bajo un régimen despótico y militar los hombres apenas se atreven á pensar y mucho menos á comunicar á otros sus pensamientos. Pero los cambios de la opinión pública, como los de la atmósfera comienzan á efectuarse poco á poco é imperceptiblemente, y se hacen luego sentir

(3) «Y ponía sus fuerzas con tanta llaneza y obediencia, que los obispos y clérigos y los capitanes y más principales personas eran los que primero echaban mano y tiraban de las gumenas y cables de los navios para los sacar á la costa.» Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. LXX.

(4) Ibi., ubi supra.—Montesinos, Annales, MS., año de 1546.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXVIII.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. IX.—Herrera, Historia general, dec. VIII, lib. III, cap. III.